VALLE DE ARÁN

Los Pirineos que suben del Mediterráneo y los que vienen del Cantábrico quieren darse la mano, pero, como ocurre muchas veces entre personas de buena voluntad, se cruzan, pasan de largo, no aciertan a juntarse. Esta falta de coincidencia de los gigantes, fatal y melancólica, da origen, consecuentemente, a la paz amorosa, a la voz expresiva, suave, del Valle de Arán. La tarde del 28 de mayo he hecho, de nuevo, de Espot a Les, pueblecito del Bajo Arán, el primer viaje de mi vida. Horas antes había nacido nuevamente, con otros compañeros de viaje, de las aguas del Noguera Pallaresa, adonde habíamos caído metidos en un *jeep*. Recién nacido llegué a Les, de noche.

Estaba lloviendo al llegar. No hacía frío. Se oía cerca el rumor del Garona y sonaban los goterones de lluvia. El hotel estaba atemperado con maderas cálidas, con alfombras. Las habitaciones eran confortables. Las camareras sonreían, tenían buenos colores, iban de un lado para otro, serviciales, fuertes. Cuando bajé al comedor estaba muy cansado. El poeta Jaime Ferrán, convencido ilerdense, de Cervera, vino en seguida a mí. ¿Tienes ya sitio dónde sentarte? ¿No? Pues ponte ahí en esa mesa con esos señores araneses. Me senté con ellos. Me disculpé porque no estaba para hablar. Conté el motivo de mi cansancio y expresé mi esperanza de que la cena me reanimara un poco. Nos quedamos esperando tranquilamente. Los tres señores y yo éramos tranquilos. Se acercó a nosotros don José María Boixareu, alcalde de Pobla de Segur. Un hombre al que la buena marcha del turismo en Lérida le debe mucho. Su voz era cortante, ronca, vehemente, y preguntaba a mis compañeros si habían encargado el *vin cau* para después de cenar. No lo habían encargado. El *vin cau,* me explicó el señor Boixareu suavizando la voz, es el ponche aranés para el invierno. Se prepara y calienta en un caldero, con manzanas, café, ron y alguna cosa más. En otras comarcas de la provincia cambian las manzanas por higos. Mis compañeros de mesa —sobre todo don Enrique y don Francisco, araneses; don José, a mi izquierda, es aragonés—se encendieron ligeramente. Les bailó en los ojos una chispa animosa. ¡El *vin cau!* ¡Claro! ¡Tienen que hacerlo en seguida! Pero no se movieron. Había que pensar ahora cómo decirlo y a quién. En el Valle hay tiempo para todo. Y fatalmente el que pase por él a otro ritmo se quedará sin conocerlo. Don José María les animó: ¡Vamos! ¡Vayan ahora! ¡Hay que tomarlo después de la cena! Don Enrique y don Francisco se miraron, se levantaron y salieron resueltos a encargar el

vin cau. Mientras tanto llegó la deliciosa, sabrosísima crema de ave aranesa y cuando don José y yo la estábamos terminando volvieron los ausentes. Todo estaba resuelto. ¡Habría *vin cau!* Me lancé a hablar un poco. Lo hice con especial cuidado. Aquella gente tranquila irradiaba calor y me gustaba. Hablamos por orden riguroso. Procuramos atendernos todos por igual. Don Enrique estaba enfrente de mí. Es alto, robusto, con ojos infantiles, claros, con muy buenos colores, tímido, con reservas gustosas de socarronería, con buenas manos para la paz, de corazón generoso. Habló del Valle. De las costumbres de las familias. ¡Qué difícil es ya hablar así, en bloque, de las costumbres de las familias fuera de un sitio como éste! El mayorazgo, el heredero, no suele encontrar mujer para casarse. La que se case con él debe trabajar en las faenas del campo y ellas prefieren poseer menos cosas, vivir con el sueldo de un empleado o un obrero, con tal de no trabajar la tierra. Los araneses suelen tener poca familia. Es infrecuente que pasen de cuatro hijos. De dos de ellos, ilustres, hablan ahora estos hombres: de don Eduardo Aunós y don Federico Socasau Cau. Están presentes en la memoria del Valle. Me hablan de ellos como diciendo: Ahí los tiene usted. Han llegado arriba. Los conoce todo el mundo. Hay aquí apellidos, me dicen, que es muy raro hallarlos en otra parte: Amiell o Saforcada, por ejemplo. Hablan de estos linajes con orgullo.

Encallan en la mesa, apetitosas, compungidas, unas truchas *menier* adolescentes. Las regamos con un vino blanco suavemente embocado que tuesta su color en una hermosa jarra topacio de cristal. Yo sé que mis acompañantes son secretarios de Ayuntamiento, autoridades del Valle. Pero, en este momento, yo imagino que estoy con cazadores de sarrios, jabalíes, urogallos, osos; con pescadores de truchas corrientes, salmonadas, negras; entre hombres de hogar que juegan en la chimenea crujiente a hacer *creps* lanzándolos muy altos al aire. Bebedores conscientes, reposados; comedores recios; jugadores de monótonas partidas de hombres en las tardes ganadas del domingo. Devotos de la Mare de Déu de Montgarri, Virgen poseedora de rebaños. Hermanos de las hayas, de los pinos y abetos, de saúcos, avellanos, nogales.

Hay en el Valle, dice don Francisco, un porcentaje ínfimo de analfabetismo. El aranés es un dialecto gascón y casi todos hablan, además de español, catalán y francés. Están orgullosos del dialecto que hablan y quieren que les oiga. Don Enrique y don Francisco conversan en aranés y yo escucho. Suena recio, sencillo, campesino, hondo. A lenguaje de fe y de trabajo. No hace mucho que estos señores han estado en Madrid. En el Valle, desde Felipe V, han gozado de exención en el timbre, en el papel sellado. Ahora quieren quitarles este privilegio. Para el Estado supone un menguado ingreso y para los araneses una aportación pequeñísima. Ellos no hablan del dinero. No es por el huevo, sino por el fuero, por la pérdida de su privilegio obtenido en días leales, de lucha; ganado por cédula real. Si nos lo quitan, me dice don Enrique, ya sólo nos quedará un privilegio: cortar el jamón con cuchillo. Y sonríe un buen rato mirándome, mirando a los otros.

En la mesa han puesto unos ternísimos y jugosos *Anechs al Orange*. El vino se torna oscuro. "¡Amigo nuestro!—me han dicho. ¿Ha estado en Aigües Tortes? Es muy hermoso y lo han declarado Par-

que Nacional. Lo que tenemos aquí son las Riberas de Aiguamoix, de Artiga de Lin, de Barradós. Créanos, son parques nacionales. Potencialmente, claro. Parques incomparables sin protección oficial. No se puede hablar de ellos; hay que ir a verlos y, sobre todo, hay que adoptarlos como lo que son: una maravilla. ¡Si usted, amigo, pudiera decir algo!" Me hablan de las pistas de nieve de Baqueira, excepcionales, donde se celebraron hace dos años toda clase de pruebas en el VII Campeonato Nacional de Esquí de Educación y Descanso. Luchon, en Francia, a veinte kilómetros, se ha convertido en pocos años, con menos posibilidades naturales que el Valle, en un gran centro de atracción turística.

Han traído los *creps,* como pañuelos de adorno, dobladicos y dulces. El señor Boixareu se acerca a preguntarnos lleno de razón por el *vin cau.* Don Enrique y don Francisco no se acordaban. Se levantan y salen. Tardan un poco. Vuelven. ¡No habrá *vin cau!* Pero no importa. Ahora me está diciendo don Enrique: usted tiene que volver por aquí.

Al día siguiente el sol mocea en el Valle. Les, *salus romanorum,* es una villa de tacos de madera, recién hecha por el niño poeta de un ingeniero. Altos versos de Maragall en lo alto, avistando Viella y Las Bordas. Que la fiesta grande de San Juan haya sido propicia a todos. Que el quadrill aranés sazone en amor. Nos vamos del Valle viendo cómo las estribaciones y los contrafuertes montañeros de Sur y Norte tiran por todas partes de él, quieren apoderarse de su gracia, belleza, honestísima y lírica ingenuidad. Adiós, Valle de Arán, esponja de lagos. Ahora cierro mis labios y me despido con Maragall: "De la dulzura de los montes vuelvo."

MEDARDO FRAILE